

bajo la pretendida profesión de adivinar la fortuna. Ella se sirve de talismanes, de oráculos, de figuras y de cosas por el estilo; todo fuera de nuestro elemento; de manera que no podemos saber nada. ¡Baja de ahí, vieja bruja, baja, te digo!

SRA. FORD.—No le hagáis mal, esposo mío. Caballeros, os ruego que no le dejéis maltratar á la pobre anciana.

(Entra Falstaff vestido de mujer, conducido por la señora Page.)

SRA. PAGE.—Venid, madre Prat, venid, dadme la mano.

FORD.—¿Sí? Pues yo le daré bastón. (*Le da golpes*). ¡Harapo! ¡Pelleja! ¡Gato montés! ¡Pandorga! Fuera de aquí. ¡Fuera! ¡Yo te daré conjuros! ¡Yo te daré adivinar fortuna!

SRA. PAGE.—¿No os da vergüenza? Creo que habéis casi muerto á la pobre mujer.

SRA. FORD.—No tardará en hacerlo. Será para vos un crédito muy honroso.

FORD.—¿Que el diablo cargue con la bruja!

EVANS.—Por sí ó por no, me figuro que la mujer és realmente bruja. No me gusta que las mujeres tengan una barba crecida, y he notado una gran barba bajo el embozo de ésta.

FORD.—¿Queréis seguirme, señores? Os suplico que me sigáis á ver el éxito de mis celos. Si he dado la alarma sin fundamento, no confiéis jamás en mí cuando os invite de nuevo.

PAGE.—Obedezcamos su capricho todavía un poco más. Vamos, caballeros.

(Salen Page, Ford, Pocolondo y Evans.)

SRA. PAGE.—Creedme, que le ha golpeado lastimosamente.

SRA. FORD.—Pues os aseguro por la misa, que no lo ha hecho así; más bien creo que le ha golpeado sin lástima alguna.

SRA. PAGE.—Voy á hacer bendecir el bastón y que

lo cuelguen en algún altar. Ha prestado un servicio de los más meritorios.

SRA. FORD.—Ahora bien, decidme vuestro parecer. ¿Pensáis que en nuestra condición de señoras y con el testimonio de una buena conciencia, debemos perseguirle con nuevas venganzas?

SRA. PAGE.—Tengo por seguro que con estos sustos ya se le habrá quitado el espíritu de libertinaje. Si el diablo no lo ha comprado sin pacto de retroventa, pienso que jamás volverá á atrevérsenos.

SRA. FORD.—¿Diremos á nuestros esposos lo que le hemos hecho?

SRA. PAGE.—Indudablemente debemos decírselo, aunque sólo fuera para limpiar de fantasmas el cerebro de vuestro marido. Si ellos en su corazón encuentran que el pobre, vicioso y obeso caballero debe ser más castigado todavía, nosotras dos seremos aún los instrumentos.

SRA. FORD.—Os garantizo que le harán pasar una vergüenza en público; y creo que de no hacerle pasar esa pública humillación, no deberíamos cesar un instante en la burla que le hacemos sufrir.

SRA. PAGE.—Pues manos á la obra. Combinemos el plan. No me gusta que estas cosas se enfríen.

(*Salen*).

ESCENA III

Cuarto en la posada de la Liga

Entran el POSADERO y BARDOLFO

BARDOLFO.—Señor, los alemanes desean tomar tres de vuestros caballos. El duque vendrá mañana á la corte y ellos irán á recibirlo.

POSADERO.—¿Qué duque puede ser ese que viene

con tanto secreto? No he oído decir de él ni una palabra en la corte. Déjame hablar con esos señores. Ellos hablan el idioma.

BARDOLFO.—Bien, señor; les diré que vengan.

POSADERO.—Les daré mis caballos, pero haré que me los paguen á buen precio. Yo les exprimiré el jugo. Han tenido mis casas á su disposición una semana, he tenido que despedir á los demás huéspedes. Es necesario hacerles pagar bien: exprimirles el jugo. *(Salen).*

ESCENA IV

Cuarto en casa de Ford

Entran PAGE, FORD, la señora PAGE, la señora FORD y sir HUGH EVANS

EVANS.—Es uno de los más discretos procederes de mujer que jamás he visto.

PAGE.—¿Y envió estas cartas á cada una de vosotras dos á un mismo tiempo?

SRA. PAGE.—Con quince minutos de diferencia.

FORD.—Perdóname, esposa mía. En adelante harás lo que quieras; y más bien sospecharé al sol de frío, que á ti de frivolidad. Tu honor es ahora, para este antiguo hereje, una verdadera y firme fe.

PAGE.—Está bien: está bien: basta. No seáis ahora tan extremado en la sumisión como lo fuísteis en la ofensa. Sigamos adelante con nuestro plan, y que nuestras esposas, una vez más para darnos una diversión pública, den cita á ese viejo obeso, á fin de que nosotros le sorprendamos y le presentemos á la pública vergüenza.

FORD.—Eso es: y no hay mejor modo que el que ellas han sugerido.

PAGE.—¡Cómo! ¿Haciéndole decir que se encontrarán con él á media noche en el parque? No vendría jamás.

EVANS.—¿Decís que há sido echado al río y que se le ha estropeado severamente tomándole por una vieja? Pues se me figura que habrá quedado tan lleno de terror, que no vendrá. Y considero además que carne tan castigada, ya estará curada de malos deseos.

PAGE.—Pienso lo mismo.

SRA. FORD.—Arreglad el modo cómo habéis de recibirle, que ya arreglaremos nosotras el modo de hacerle venir.

SRA. PAGE.—Hay un cuento antiguo según el cual, el cazador Herne, que alguna vez fué guarda-bosque de Windsor, se pasea á media noche, durante todo el invierno, alrededor de un roble, llevando en la cabeza grandes cuernos como de ciervo: y allí hiela el árbol y ataca al ganado, y hace que la vaca vierta en vez de leche sangre, y sacude una cadena de la madera más espantosa y temible. Habéis oído hablar de ese espíritu y sabéis bien que los antiguos, llenos de superstición, recibieron como una verdad, y como tal transmitieron á nuestros días, la fábula del cazador Herne.

PAGE.—Sin embargo, no faltan muchos que temen pasar en alta noche junto al roble de Herne. Pero ¿qué resulta de eso?

SRA. FORD.—Pues nuestro plan es que Falstaff vaya á encontrarse con nosotras al pie del roble, disfrazado de Herne, con grandes cuernos en la cabeza.

PAGE.—Bien: admitiendo que acudirá á la cita en el modo y forma que decís, ¿qué vais á hacer con él? ¿Cuál es vuestro intento?

SRA. PAGE.—También hemos pensado en ello, y hé aquí cómo: mi hija Ana Page, mi hijo y tres ó cuatro chicuelos de su edad, estarán vestidos de enanos, de duendes y de hadas, de color verde y azul, llevando en la cabeza coronas de bujías de cera, y matracas en las manos. En el momento en

que Falstaff y nosotras estemos reunidos, saldrán ellos precipitándose de repente de su escondite y entonando alguna bulliciosa canción; y á su vista nos escaparemos nosotras dando muestra de grande asombro. Entonces ellos le rodearán, y á usanza de hadas, principiarán á pinchar al torpe caballero, preguntando cómo ha podido atreverse, siendo un profano, á penetrar en sus sagrados senderos en aquella hora de su fiesta.

SRA. FORD.—Y que las supuestas hadas sigan punzándolo bien y quemándolo con sus bujías, hasta que haya confesado la verdad.

SRA. PAGE.—Y una vez confesada, nos presentaremos nosotras, quitaremos los cuernos al espíritu, y le llevaremos en medio de nuestras burlas hasta su casa en Windsor.

FORD.—Será menester aleccionar bien á los niños para esto; ó de no, jamás podrán hacerlo como se debe.

EVANS.—Yo enseñaré á los chicos el modo cómo han de conducirse; y yo mismo me disfrazaré de mono para quemar con mi bujía al caballero.

FORD.—Eso será excelente. Yo iré á comprar los disfraces.

SRA. PAGE.—Mi Ana será la reina de todas las hadas, elegantemente vestida de blanco.

PAGE.—Yo le compraré esa seda. (*Aparte*). Y al mismo tiempo, se la llevará Slender á Eton para que se casen allí. ¡Ea! Envía sin demora el mensaje á Falstaff.

FORD.—Yo volveré á verle bajo el nombre de Brook y me descubrirá todo su propósito. Es seguro que vendrá.

SRA. PAGE.—No os cuidéis de ello. Id y procuradnos las cosas que necesitan nuestras hadas.

EVANS.—Ocupémonos de ello desde luego. Son placeres admirables, y muy honestas bellaquerías.

(Salen Page, Ford y Evans.)

SRA. PAGE.—Id, señora Ford, y enviad la señora Aprisa á donde sir Juan para conocer su disposición.

Yo veré al doctor. El, y nadie sino él, ha tenido mi consentimiento para casarse con Ana. Ese Slender, aunque bien fincado, es un idiota; y mi marido le prefiere á todos. El doctor es acaudalado y tiene amigos poderosos en la corte. Nadie sino él ha de tener á mi hija, aunque haya veinte mil mejores muriéndose por ella. (*Sale*).

ESCENA V

Cuarto en la posada de la Liga

Entran el POSADERO y SIMPLE

POSADERO.—¿Qué quieres, patán? ¿Qué, imbécil? Habla, resuella, discute; breve, lacónico, pronto, de estallido.

SIMPLE.—Vengo, señor, de parte de mi amo el señor Slender, á hablar con el señor Falstaff.

POSADERO.—Pues allí está su cuarto, su casa, su castillo, su cama fija y su cama de ruedas; todo pintado de nuevo con la historia del hijo pródigo. Vé, golpea y llama. Te hablará como un antropófago. Llama, te digo.

SIMPLE.—A ese cuarto ha subido una vieja, una mujer gorda. Si permitís, aguardaré á que baje, porque en verdad vengo á hablar con ella.

POSADERO.—¡Hola! ¡Una mujer gorda! Pueden robar al caballero: daré voces. ¡Bravo caballero! Bravo sir Juan! Habla marcialmente desde tus pulmones. ¿Estás ahí? Es tu posadero, tu efesino, quien llama.

FALSTAFF.—¿Qué ocurre, posadero mío?

(*Desde arriba*).

POSADERO.—Aquí hay un tártaro-bohemio que se

desespera porque baje tu mujer gorda. Déjala bajar, déjala bajar. Mis cuartos son santuarios. ¿Secretos, eh? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

(*Entra Falstaff*).

FALSTAFF.—Hasta hace un momento estaba conmigo una vieja gorda; pero ya se ha ido.

SIMPLE.—Tened la bondad de decirme, señor: ¿no era la hechicera de Brentford?

FALSTAFF.—Ella misma, concha de ostra: ¿qué tienes que hacer con ella?

SIMPLE.—Mi amo el señor Slender, viéndola pasar por la calle, envía á saber, señor, si un tal Nym que le ha escamoteado una cadena, la tiene ó no.

FALSTAFF.—He hablado de ello con la vieja.

SIMPLE.—¿Os dignaréis decirme lo que ella dice?

FALSTAFF.—Sí, por cierto. Dice que el mismo individuo que le escamoteó la cadena es quien le ha defraudado de ella.

SIMPLE.—Hubiera querido hablar con la mujer en persona; pues tenía que hablarle de parte de él sobre otros asuntos.

FALSTAFF.—¿Cuáles? Sepamos.

POSADERO.—Al grano: pronto.

SIMPLE.—No lo ocultaré, señor.

FALSTAFF.—Ocúltalo, ó mueres.

SIMPLE.—Señor, si no es nada: todo era sobre la señorita Ana Page, para saber si la tendrá mi amo ó no.

FALSTAFF.—Esa, esa es su fortuna.

SIMPLE.—¿Cuál, señor?

FALSTAFF.—Tenerla ó no. Vé á decirle que así me lo dijo la mujer.

SIMPLE.—¿Deberé atreverme á decirlo así?

FALSTAFF.—Sí, señor palurdo. ¿Quién se atreverá á más?

SIMPLE.—Doy gracias á vuestra señoría. Voy á alegrar á mi amo con estas nuevas. (*Sale Simple*).

POSADERO.—Eres docto, eres docto, sir Juan. ¿Estabas con una adivina?

FALSTAFF.—Es verdad, posadero mío, con una que me ha enseñado á tener más ingenio, que lo que jamás había aprendido en toda mi vida. Y que en lugar de pagarle por ello, he sido pagado por mi aprendizaje. (*Entra Bardolfo*).

BARDOLFO.—¡Ah, señor! ¡Ha sido una picardía! ¡Una bribonada!



POSADERO.—¿Dónde están mis caballos? Habla bien de ellos, bellaco.

BARDOLFO.—Se han ido con los rateros; porque apenas había yo pasado de Eton, me arrojaron de las ancas de uno de ellos dentro un gran charco de lodo, y apretaron las espuelas y partieron volando como tres diablos alemanes, como tres doctores Fausto.

POSADERO.—¡No han ido más que á recibir al duque, canalla! No digas que se han fugado: los alemanes son hombres de bien.

(*Entra sir Hugh Evans*.)

EVANS.—¿Dónde está mi posadero?

POSADERO.—¿Qué se ofrece, señor?

EVANS.—Tened cuidado con las gentes que recibís. Un amigo mío que acaba de llegar á la ciudad, me dice que andan por aquí unos tres primos alemanes que han desvalijado á todos los posaderos de Readings, de Maidenhead y de Colebrook, robándoles dinero y caballos. Os lo aviso por la buena voluntad que os tengo. Vos sois un hombre listo, lleno de bromas y tretas, y no estaría bien que os dieran el bromazo de escamotearos. Quedad con Dios.

(Sale.—Entra el doctor Caius.)

CAIUS.—¿Dónde está mi posadero de la Liga?

POSADERO.—Héme aquí, señor doctor, lleno de incertidumbre y perplejidad.

CAIUS.—No estoy muy al corriente del asunto; pero oigo decir que hacéis grandes preparativos para recibir á un duque de Alemania. Por mi alma, que en la corte no se tiene la menor noticia de que venga tal duque. Os lo aviso por la buena voluntad que os tengo. Quedad con Dios. (Sale.)

POSADERO.—¡Vé, corre, grita, da la alarma, canalla! ¡Ayudadme, caballero! ¡Corre, vuela, da voces de alarma! ¡Villano! ¡Me han robado!

(Salen el Posadero y Bardolfo.)

FALSTAFF.—Me alegraría dé que todo el mundo fuera escamoteado; porque yo lo he sido, y golpeado por añadidura. Si llegara á oídos de la corte el modo cómo he sido transformado y cómo mi transformación ha sido lavada y apaleada, harían derrretir gota á gota toda mi gordura, y me flagelarían con sus sátiras y chistes hasta dejarme más encogido que una pera seca. Nunca he medrado desde que falté á mi propósito la primera vez. Bien. Si me alcanzara el aliento no más que para decir mis preces, me arrepentiría.

(Entra la señora Aprisa.)

¿Y bien? ¿De dónde venís?

APRISA.—Ya podéis pensarlo; de donde las señoras que sabéis.

FALSTAFF.—¡Que el diablo cargue con una de ellas, y la hembra del diablo con la otra! Así quedarán colocadas las dos. Más he sufrido por causa de ellas que cuanto puede soportar la villana inconsecuencia de la disposición del hombre.

APRISA.—¡Y qué! ¿No han padecido ellas? Sí, por cierto; podéis estar seguro de ello. Especialmente la señora Ford ¡pobre palomita! ha quedado de los golpes de su marido, tan llena de manchas azules y moradas, que no tiene un pedacito blanco en todo el cuerpo.

FALSTAFF.—¿Qué me cuentas de azul ni de morado? A mí me han sacado de la piel á fuerza de golpes todos los colores del arco-iris; poco ha faltado para que me prendieran como bruja de Brentford; y gracias á la admirable destreza de mi ingenio en imitar las acciones y movimientos de una vieja, pude salvarme. El bribón del condestable me habría puesto en el cepo, en el cepo público, por bruja.

APRISA.—Permitidme, señor, hablaros en vuestro alojamiento y sabréis cómo van las cosas, que, os lo aseguro, no dejarán de satisfaceros. Hé aquí una carta que os hará saber algo. ¡Dios mío! ¡Y qué afanes cuesta ponerlos uno junto á otra! Sin duda que entre vosotros dos hay quien cumple mal con el cielo, según son las dificultades que se encuentran!

FALSTAFF.—Subid á mi cuarto. (Salen.)

ESCENA VI

Entran FENTON y el POSADERO

POSADERO.—Señor Fentón, no me habléis. Tengo el ánimo abatido y estoy por abandonarlo todo.

FENTÓN.—Oídmme, sin embargo; ayudadme en mi intento y á fe de caballero prometo daros cien libras en oro sobre el total de vuestra pérdida.

POSADERO.—Os oiré, señor Fentón; y al menos seguiré vuestro consejo.

FENTÓN.—De vez en cuando he solido hablaros del íntimo afecto que profeso á la bella Ana Page, quien me apoya, hasta donde le es permitido escoger por sí misma y corresponde á mi amor. Tengo una carta suya, cuyo contenido no dejará de causaros asombro, en el cual andan tan mezclados la jovialidad de aquél y mi propio asunto, que es imposible presentar al uno separado de la otra. En esto corresponde un gran papel al obeso Falstaff; pero ya os mostraré (*enseñándole la carta*) más tarde todo el asunto de la broma. Escuchad ahora, posadero mío. Esta noche, en el roble de Herne, precisamente entre las doce y la una, mi dulce Ana tiene que representar á la reina de las hadas, y hé aquí con qué objeto: mientras tienen lugar otros juegos, deberá en obediencia á un mandato de su padre, fugar con Slender y dirigirse á Eton, donde serán casados inmediatamente. Y ella ha consentido. Por otra parte, su madre, que se opone tenazmente á ese enlace y está resuelta á favor del doctor Caius, ha convenido en que éste aproveche la distracción que causarán los juegos y se deslice con ella á la abadía, en donde los espera un sacerdote para casarlés. A este plan de su madre, ella, dócil en apariencia, ha consentido, dando su promesa al doctor. Ahora, la cosa se ha arreglado así; su padre quiere que esté vestida de blanco y que Slender en el momento oportuno la tome de la mano y la invite á seguirle; lo cual deberá hacer ella. La madre quiere que para hacerla conocer del doctor (pues todos han de estar enmascarados) se presente vestida de un traje verde, flotante y con largas cintas que bajarán desde la cabeza, y en el instante

que parezca favorable al doctor, éste la haga señal con la mano; en lo cual ha consentido la doncella para salir con él.

POSADERO.—¿Y á quién desea ella engañar? ¿Al padre ó á la madre?

FENTÓN.—A ambos, mi querido posadero, para poder venir conmigo. Y todo consiste ahora en que me procuréis un vicario que aguarde en la iglesia, entre doce y una y dé á nuestros corazones en nombre del matrimonio, la unión legal que necesitan.

POSADERO.—Bien: abrazo vuestro plan. Iré adonde el vicario. Traed á la doncella, que no es sacerdote lo que os podrá faltar.

FENTÓN.—Y por ello te seré obligado eternamente, fuera de la recompensa que te otorgaré desde luego.

(*Salen*).

